

LAS MISIONES CRISTIANAS ENTRE LOS AONIKENK (1833-1910) UNA HISTORIA DE FRUSTRACIONES

MATEO MARTINIC B.*

RESUMEN

Se entrega una información circunstanciada sobre los esfuerzos realizados por misioneros protestantes y católicos entre los indígenas aónikenk de la Patagonia austral, durante el lapso comprendido entre 1833 y 1910. Se consideran sus resultados como una serie de frustraciones y esfuerzos estériles debido fundamentalmente a la incomprensión recíproca entre los misioneros y los indígenas por causa de la ausencia de dominio de los correspondientes idiomas.

CHRISTIAN MISSIONS BETWEEN THE AONIKENK (1833-1910) AN HISTORY OF FRUSTRATIONS.

SUMMARY

Detailed information about the efforts made by Protestant and Catholic missionaries among Aonikenk Indians from South Patagonia (1833 - 1910) is given. The results are considered as a series of frustrations and sterile efforts due to, mainly, the reciprocal misunderstanding between the missionaries and the Indians because the lack of the skill in the respective languages.

INTRODUCCION.

La preocupación por la evangelización de los indígenas australes fue de temprana data entre los españoles de Chile, a quienes correspondía la jurisdicción sobre el terri-

torio meridional, y, en el caso, de los misioneros jesuítas establecidos en el Colegio de Castro (Chiloé). La primera constancia sobre ello se tiene en las anuas de la Compañía de Jesús correspondientes a los años 1626-1630, documentos que recogieron los informes de los religiosos que navegaron los canales patagónicos y alcanzaron hasta las islas septen-

* Centro de Estudios del Hombre Austral, Instituto de la Patagonia, Universidad de Magallanes. Casilla de Correo 113-D, Punta Arenas, Magallanes, Chile.

trionales de la Magallania, quienes oyeron hablar de los naturales del estrecho de Magallanes, mencionados como gente dócil y agigantada (Martinic, 1922:255).

A partir de entonces la referencia a estos naturales como sujetos de una eventual labor cristianizadora sería recurrente a lo largo del siglo XVII y más todavía durante el siguiente en que el interés se hizo más manifiesto. En efecto, ya hacia 1730 el padre Joaquín Villarroel elaboraba una propuesta para la actividad misional de la Compañía que suponía el avance progresivo en las regiones más próximas a Chiloé, habitadas por los indios chonos y por aquellas otras parcialidades que vivían al sur del golfo de Penas, y su extensión hasta alcanzar las tierras orientales del Estrecho habitadas por los patagones (Id., pág. 307).

Aunque nada se concretó por entonces, años después, en 1764, surgió la *Misión de los Cauchues* como una expresión más tangible de preocupación, actividad que suponía necesariamente que "se verificase la entrada en la tierra firme que va al Estrecho de Magallanes y no de otra manera" (Ibid. pág. 309). Con ello se significaba la importancia de una presencia efectiva y permanente en el territorio como una condición *sine qua non* para que el proyecto tuviera viabilidad.

La expulsión de los jesuitas del Reino de Chile y otros dominios americanos españoles en 1767 dio al traste con el acariciado propósito, que los franciscanos, sus sucesores en la cautela espiritual de la grey chilota e indígena, tampoco quisieron revivir.

Sin embargo, de una u otra manera y de tarde en tarde el recuerdo de aquellas remotas almas patagónicas y fueguinas que desconocían la religión cristiana alentaría fugaces afanes, imposibles de realizar a la distancia, y persistiría hasta bien entrado el siglo XIX y marcaría - en el plano espiritual - una de las acciones que debían llevarse a cabo tras una eventual instalación colonizadora. Tan cierto era ello que cuando se hacían los preparativos para llevar adelante la ocupación del territorio austral por parte de la República de Chile, en abril de 1842 el Intendente de Chiloé Domingo Espiñeira escribió el Ministro del Interior Ramón Luis Irrarrazaval, manifestándole entre otras cosas

que "los indígenas que habitan aquellas regiones son pacíficos, inclinados a entrar en relaciones con los que llegan a visitarlos y aun capaces de oír con provecho los suaves preceptos del Evangelio"¹.

Al informar así, en lo que debe tenerse como una precisa referencia a los aónikenk o patagones, quienes eran los que más prolongado y fructífero trato habían tenido con los navegantes que recalaban en puntos del litoral del estrecho de Magallanes, Espiñeira recogía las informaciones que se poseían sobre aquellas latitudes remotas, fundadas quizá en los dichos del capitán William Low, hombre con prolongada experiencia de vida en esas regiones meridionales y de trato con los naturales.

Todo debía llevar a suponer que si alguna acción evangelizadora pretendía ser emprendida en el territorio, habría de serlo primeramente entre estos indígenas, dada su presunta disposición para el efecto.

LAS MISIONES EVANGÉLICAS (PROTESTANTES)

1. Antecedentes.

Durante los años de 1823 y 1824 el capitán norteamericano Benjamín Morrell visitó por dos veces las tierras australes de América y tuvo oportunidad de conocer e intercambiar con los indígenas tanto con los canoeros en las costas de la península de Brunswick (Estrecho de Magallanes), como con los cazadores terrestres en Cabo Negro y Oazy Harbour, sobre el mismo litoral fretano. Pudo entonces imponerse sobre las condiciones de vida de los mismos, así como sobre sus costumbres y carácter, reflexionando que su índole no era tan brutal y agresiva como solía atribuírseles, sino que por el contrario era más bien amistosa y abierta para con los extraños y que, por tanto los mismos bien podían ser objeto de un esfuerzo que les brindara los beneficios de la cristianización y civilización.

Esa idea se hizo más firme una vez que pudo comprobar durante su paso por

¹ Nota 82 de 9 de mayo de 1842. *Correspondencia Ministerio del Interior, Intendencia de Chiloé*. Archivo Nacional, Santiago. Lo destacado es del autor.

el archipiélago de los Chonos y por la isla de Chiloé, cuán evidentes eran las consecuencias de la acción emprendida sobre los indígenas por los misioneros en los tiempos anteriores, con resultado de la dulcificación de su ruda índole anterior y su ulterior incorporación a la civilización.

“Hay todavía un ancho campo para tareas tan útiles - escribiría en la obra que recogería la relación de sus viajes -, donde no podrían dejar de producirse resultados igualmente benéficos, en muchos respectos. “La mies es mucha y los obreros pocos”. La costa occidental de Sudamérica desde el estrecho de Magallanes hasta el puerto de Valdivia debe concitar la atención de las sociedades misioneras. Aquí los indígenas viven en las condiciones más desgraciadas que puedan ser imaginadas en uno de los países más hermosos del mundo. Las artes de la civilización con un verdadero conocimiento práctico de la religión, podrían hacer de ellos un pueblo feliz y agradecido; y abriría al mismo tiempo un lucrativo intercambio que podría ser beneficioso para todos”².

En esta altruista reflexión ha de encontrarse el origen de la ulterior acción misionera protestante en tierras del estrecho de Magallanes. En efecto, la lectura del relato de Morrell atrajo en 1833 la atención de R. Anderson, secretario del American Board of Commissioners for Foreign Missions (A.B.C.F.M.) del Seminario Teológico de Auburn, Nueva York, quien escribió a Morrell interesándose sobre la materia, recibiendo del mismo una respuesta en la que éste volvía sobre su recomendación de crear sendos establecimientos misioneros en la península de Tres Montes (Taitao) y en la costa del estrecho de Magallanes, aunque supeditando este último al éxito del primero.

Fue así como la materia pasó a ser considerada por el Comité mencionado y tras diversas consultas a armadores y capitanes que habían traficado por las aguas meridionales y tenerse satisfactorias respuestas, que el A.B.C.F.M. decidió el envío de una misión exploratoria a la costa de Patagonia.

² *A narrative of four voyages to the South Sea, North and South Pacific Ocean, Chinese Sea, Ethiopic and Southern Atlantic Ocean, Indian and Antarctic from the year 1822 to 1831.* J&J. Harper, New York, 1832, págs. 158-159.

Determinante para el caso resultó ser la opinión del capitán William Clift, quien discutió la lisonjera opinión que sobre la Patagonia occidental había expresado Morrell y al ser requerido para el efecto del traslado de la misión ofreció como alternativa la de conducirla en su *schooner Mary Jane* a la parte oriental de la Patagonia para dejar allí a los religiosos, sobre la costa norte del estrecho de Magallanes, entre los patagones o indios de a caballo. La aceptación de la oferta decidió que el sitio del emprendimiento misional fuera la bahía de San Gregorio.

2. *La misión de Arms y Coan en San Gregorio (1833-34)*

Para la tarea exploratoria previa al establecimiento formal de una misión entre los aónikenk fueron elegidos dos jóvenes ministros William Arms y Titus Coan, los que embarcados en el navío mencionado arribaron a la bahía de San Gregorio el 14 de noviembre de 1833 para enfrentarse con un país y gentes del todo desconocidos, sin más amparo que aquel que podía brindarles la Providencia Divina, aislados como habrían de quedar por varias semanas. El resultado sería una experiencia que no reconocía precedente y de cuyo desarrollo los protagonistas dejarían sendos testimonios escritos.

Los misioneros tuvieron la suerte de encontrarse con los aónikenk al día siguiente de su arribo, en un campamento situado al pie de las cumbres de San Gregorio a las que curiosamente denominaron *Monte Mesa* (¿Kolk-Aike?). Resultó ser una pequeña partida al mando de un joven al que llamaban Capitán Luis, con la que se internaron camino del interior en demanda de más indígenas. Llegaron así al paradero de Nameraiik, situado a medio centenar de kilómetros al noroeste de San Gregorio. Su propósito era entonces el de conseguir caballos para seguir por ese mismo rumbo hasta alcanzar la cordillera de los Andes que ingenuamente pretendían cruzar a la altura de los grados 40 ó 50. Permanecieron allí largo tiempo, poco más de un mes, aguardando la llegada del grupo principal encabezado por el jefe Congo³, en el que se hallaba la india

³ Este no era otro que el Kongre de Dumont D'Urville,

María sobre la que tantas referencias dejara Robert Fitz Roy. Por lo visto, no se había desechado del todo la sugerencia inicial de Morrell en cuanto a la posibilidad de misionar en la Patagonia occidental.

Una vez arribado parte del grupo principal y no encontrándose María en él, Arms y Coan fueron a su encuentro hasta otro paradero situado inmediatamente al nordeste de Nameraik, probablemente Ciake, donde efectivamente la encontraron siendo amablemente acogidos por ella y por Santos Centurión, un criollo aindiado que vivía entre los aónikenk, tal y como había sucedido con la gente del Capitán Luis y del gran jefe Congo.

Esta prolongada permanencia que tuvo abrupto término al conocerse la llegada de un buque a la bahía de San Gregorio y movilizarse la totalidad de los indígenas en consecuencia, permitió a los misioneros - no obstante la gran dificultad que había que entenderse entre unos y otros, pues ninguno hablaba lo suficiente de castellano o inglés para una apropiada comprensión mutua - enterarse sobre la índole, costumbres y hábitos, ideas espirituales y demás, así como sobre su número y las características del territorio, como para concluir si realmente el sacrificio que soportaban valía realmente la pena. Numéricamente al menos los cálculos de Morrell resultaban exagerados en extremo, pues de los 20.000 indígenas que había calculado que habitaban en el sur de América y que podían ser sujetos de alguna misión escasamente se encontraron con unas 800 almas poco más o menos.

En cuanto a índole, si bien se les vio ocasionalmente violentos - cuando tenían licor - y algo codiciosos, fastidiosos y pedigüeños, eran amistosos y hospitalarios, aunque su grado de barbarie permitía dudar acerca de la bondad del esfuerzo que se intentaba con ellos. Así, sin embargo de algunos arrebatos de optimismo, sus relaciones fueron más bien negativas en este aspecto.

Su mayor sentimiento estribaba en la imposibilidad de hacerse entender, como lo prueban sus recurrentes afirmaciones:

“¡Pobres hombres! Ellos nos consideran como seres superiores, y mientras que derramamos una lágrima de conmiseración sobre su degradación y miseria, carecemos de medios para comunicar a sus Corazones el reconocimiento de ese Dios “que nos ha criado diferentes”⁴.

“ [...] Es mortificante no tener los medios de transmitirles de un modo inteligible el conocimiento del Salvador”⁵.

“ [...] Procuramos explicarles el objeto de nuestra visita, pero no pudimos transmitir a sus oscuros entendimientos concepción alguna completa de los altos motivos que influían en nosotros y en quienes nos enviaban. Sólo tenían una idea general que éramos sus amigos, y que estábamos dispuestos y podíamos hacerles bien; pero parece que ellos no tienen ideas más elevadas del bien que lo que pertenece a esta vida. Ni nos fue posible con los medios imperfectos que poseíamos de comunicarles nuestras ideas y su envilecimiento de espíritu, ilustrarlos sobre el asunto puro y elevado de Cristo crucificado por los pecadores [...]”⁶.

Esta circunstancia, más la evidencia de haber adquirido los indios los vicios de la bebida, el tabaco y el juego - en parte merced al tráfico e influencia de los propios navegantes norteamericanos, mayormente focueros haría de ellos una clase de gente distinta a la conocida por los naturales: estos religiosos no traían esos productos ni usaban de tales prácticas y actuaban con gestos y palabras que les resultaban extraños e incomprensibles, y, además, portaban unos libros que a los ignaros indígenas se les antojaba que eran objetos para maleficio, de allí que la única circunstancia en que los misioneros pudieron temer por sus vidas fue cuando provocaron el enojo de los aónikenk por su exhibición y uso durante sus oraciones⁷.

⁴ Extracto de los diarios de los Señores Arms y Coan, pág. 111.

⁵ Id. pág. 121

⁶ Id. pág. 143

⁷ Por cierto no resulta creíble la explicación dada por el jefe Centurión para esa conducta como era el que los indígenas asociaban la presencia de papeles con una epidemia de viruela, por un suceso acaecido en Puerto Deseado tiempo antes. Más bien debiera aceptarse que en sus mentes aquellos extraños signos unido a la lectura que en voz alta hacían los misioneros pudo resultarles de algún sentido maléfico.

o el Wissel o Wissale de los ingleses y el Huisel de los chilenos.

Lo expuesto y añadido el escaso número de los aborígenes haría que el informe final a sus principales de Auburn fuese negativo.

No debiera sorprender, pues, que este primer intento misional fracasara, según lo haría constar *The Missionary Herald*, en su número correspondiente a enero de 1835:

“Su pronto regreso - el de los misioneros - ha sido aprobado por la Comisión. El Sor. Arms ha sido destinado al Archipiélago Indiano, y el Sor. Coan a las Islas de Sandwich. *Ningunas otras medidas se proyectan por ahora en Patagonia*”⁸.

3. La misión Gardiner en Oazy Harbour y San Gregorio (1842 y 1845)

Hacia 1841 un piadoso antiguo oficial de la Real Armada Británica, Allen Gardiner, encendido en fervor evangelizador concibió la realización de una acción misionera y civilizadora entre los nómades terrestres de la Patagonia sudoriental.

Con alguna experiencia previa, aunque infructuosa, que le condujo a regiones del sur de Chile (Araucanía y Chiloé) y persuadido acerca de la necesidad de evangelizar a los pueblos indígenas del extremo sur del territorio, Gardiner decidió llevar a éstos su afán.

“Habiendo abandonado por fin toda esperanza de alcanzar la población india donde es más civilizada y menos migratoria, mis pensamientos se han vuelto necesariamente hacia el sur”... “Los patagones alrededor de la bahía de San Gregorio en la parte noreste del estrecho, siempre han demostrado una disposición amistosa hacia los extranjeros y es a ese lugar al que ahora estoy volcando especialmente mi atención”, escribiría en su diario hacia fines de 1841⁹.

Influyó en esta decisión la proximidad relativa de las tierras del estrecho de Magallanes con las islas Malvinas, lugar en donde podía tener una base de apoyo.

Habiendo conseguido transporte para el Estrecho - no sin dificultades - Gardiner, acompañado de un criado de nom-

bre Johnson, se trasladó allí en el curso del mes de marzo de 1842. Tras una breve recalada en la costa fueguina que le permitió una corta relación con los sélknam, el capitán se trasladó a la bahía de San Gregorio. Aquí, no bien arribado bajó a tierra para buscar el cercano campamento aónikenk y encontrándolo vacío, determinó trasladarse más hacia el oeste sobre la base de la observación que hizo de fuegos en aquella dirección, señal clara de indígenas en las cercanías. Navegaron entonces hasta la bahía de Oazy y luego, internándose por algunas millas hacia el interior, pudo efectivamente encontrar un grupo de aborígenes que eran encabezados por Santos Centurión, el mismo personaje que años atrás había tenido tratos con Arms y Coan, a quien enteró sobre sus propósitos inmediatos de estadía y los futuros de misión.

La amistosa acogida que encontró entre estos indígenas y posteriormente entre otro grupo mayor dirigido por el jefe Wissale, le dieron ánimos para llevar adelante su objetivo. Procuró, como mejor pudo a través de un intérprete (un negro norteamericano que andaba con los indios) explicarles la razón de su presencia entre ellos, dándole a entender que solamente quería su bien, a lo que aquéllos, por boca de Wissale, respondieron favorablemente, considerando en especial que se trataba de un hombre bueno y que les traería regalos, particularmente tabaco. Gardiner aprovechó el tiempo, además, para informarse sobre el número, costumbres y demás aspectos culturales referidos a los indígenas, enterándose así que en el territorio patagónico oriental vivían cinco grandes grupos, entre los cuales estaba aquel que lo acogía, cuya cuantía, calculó, no bajaba de 2.000 almas¹⁰.

Animado por este primer resultado, determinó retornar a las Malvinas en busca de su familia, para establecerse en la costa del Estrecho, pero este propósito resultó fallido por diversas causas y circunstancias, debiendo entonces viajar a Inglaterra para ver cómo podía llevar adelante su empresa misional. No volvería al Estrecho sino pasado tres largos años.

Entre tanto y contando con la

⁸ Arms y Coan, citado pág. 152. Lo destacado es nuestro.

⁹ Arnoldo Canclini, *Allen F. Gardiner, marino, misionero, mártir*, Buenos Aires, 1979, pág. 138.

¹⁰ *Memorandum respecting the Patagonians*, s/fecha. Falkland Island Archives.

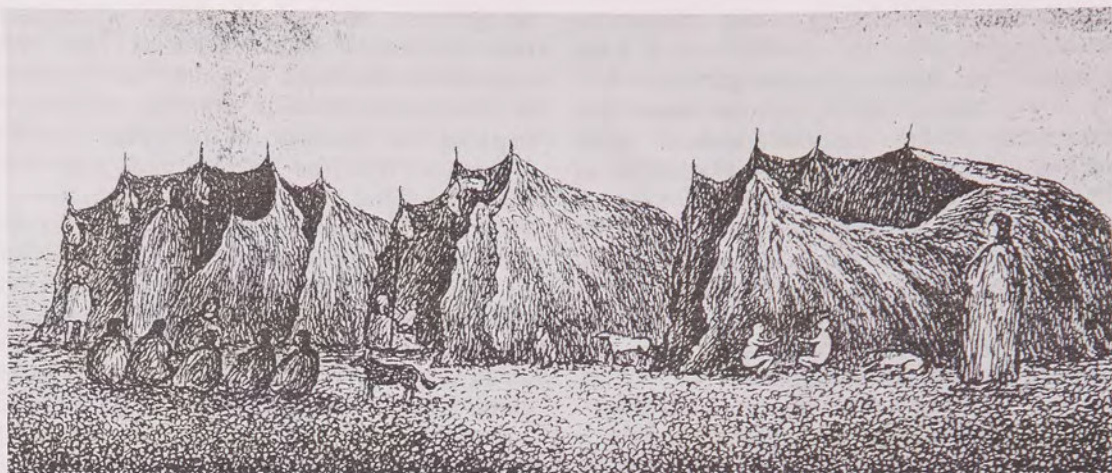


Fig. 1.- Toldos Aonikenk en San Gregorio según un dibujo inédito de Robert Hunt (1845).

comprensión y colaboración de gente amiga se ocupó en la organización de una entidad que le diera sustento y respaldo a la tarea que deseaba emprender, y a la que llamó *Patagonian Missionary Society*, de la que fue designado secretario. Esta fue una directa consecuencia de la escasa acogida que encontraron sus apelaciones de auxilio en otras sociedades misioneras a las que se había dirigido en demanda de ayuda. Pudo entonces Gardiner preparar con mayor cuidado y tranquilidad una segunda misión que integraría él mismo, a falta de un ministro ordenado, y un ex-maestro de escuela, Robert Hunt, en calidad de colaborador voluntario.

La embarcación que los condujo arribó en febrero de 1845 a la bahía de San Gregorio, paraje donde el antiguo marino se encontraría con una situación completamente diferente a la esperada. En efecto, en el intertanto la República de Chile había tomado posesión de las tierras del Estrecho y había establecido una base en la punta de Santa Ana (península de Brunswick) - Fuerte Bulnes - y entrado en relación con los indígenas, sobre los cuales pretendía establecer su autoridad y jurisdicción que, naturalmente, incluía el aspecto religioso, teniendo en consideración que la católica era la religión oficial del Estado Chileno. De esa manera entonces y por consecuencia los indígenas se mostraron menos acogedores que la vez anterior, en particular el jefe Wissale, reducido ahora a una modesta expresión de autoridad y empobrecido en lo tocante a recursos (ca-

ballos); tampoco fue más favorable Centurión, quien había hecho buenas migas con los chilenos, particularmente con el capellán de la Colonia, Fray Domingo Passolini. Esta presencia vino a añadir otra imprevista circunstancia: la de la más eventual, segura competencia religiosa católica, que igualmente buscaba evangelizar a los aborígenes.

En esas tribulaciones se hallaba Gardiner, quien a todo esto había erigido un pequeño establecimiento con tres casitas, cuando fondeó en la bahía la goleta chilena *Ancud* a cuyo bordo venía el capellán mencionado. De la entrevista que ambos sostuvieron le quedó en claro al capitán inglés que sus posibilidades de acción eran escasas, tanto más porque la agresividad que mostraba Wissale le hacía temer por su seguridad.

De allí que, cuando apareció en el puerto la nave de su bandera *Rosalind*, Gardiner no titubeó en embarcarse en ella, dando por terminada su empresa aun antes de iniciada.

Tan decepcionado hubo de quedar el otrora animoso marino que llegaría a escribir "De ninguna manera recomendaría volver a la bahía de San Gregorio" (y a los patagones)¹¹ conclusión lapidaria que revelaría su resignada decepción y que marcaría el fin del segundo emprendimiento protestante entre los aonikenk.

4. La misión ambulante de Schmid y

¹¹ Canclini, *op. cit.*, pág. 73

Hunziker (1859-1863)

Corrió el tiempo, casi tres lustros, hasta saberse de un nuevo intento misional. Esta vez estaría a cargo de dos jóvenes catequistas, Teófilo Schmid, que debería actuar como lingüista y traductor, y Federico Hunziker, como colaborador.

La cosa tenía un antecedente inmediato en la petición hecha por Casimiro Biguá, un indio ladino con alguna autoridad sobre los aónikenk, quien le hizo saber al capitán Barnard del navío inglés *Vixen*, acerca de su interés porque sus paisanos fueran instruidos en el cristianismo. Esto hacia 1853.

El capitán Barnard transmitió esta sorprendente inquietud a la entidad creada por Gardiner, que a la sazón había mutado su nombre a *South American Missionary Society* y así fue como se iniciaron los preparativos para un nuevo intento. Al cabo de un par de viajes infructuosos realizados en 1857 y 1858, recién en marzo de 1859 Schmid pudo encontrarse con los indígenas en Punta Arenas. Conocedor como era de su índole nomádica, creyó Schmid que era conveniente integrarse a uno de los grupos que allí arribaban ocasionalmente para emprender juntos un prolongado recorrido por tierras del interior sudpatagónico, circunstancia que le permitiría enterarse a fondo sobre el carácter y costumbres de los indígenas y aprender su idioma, para iniciar más tarde su catequización.

Fue así como ambos catequistas marcharon inflamados de fe y confianza: "Observamos que la Patagonia está abierta a la empresa misionera y soldados de la cruz como creemos ser, debemos ir y luchar contra el poder de las tinieblas", escribiría Schmid a su superior George Despard, dando cuenta del firme ánimo con que comenzaban su noble misión. "Debe creerme que no vamos como turistas en búsqueda de placer en los campos de la Patagonia, sino como soldados de Nuestro Señor, prontos para servirlos y militar para la extensión de su gloria", añadiría gozoso y esperanzado.¹²

Emprendieron de tal manera un largo periplo terrestre que los conduciría por meses errando de un paradero a otro

(Koikash, Horsh, Kolk, Kemerur, Namer, Ushn, Pale, Kele, Guanckenken, Oshir y varios otros más que se extendían por costas, pampas, valles y cañadones entre la costa del Estrecho y aquella del río Santa Cruz, para repetirlo una y otra vez a lo largo de varios años con escasa variación en su monótona recurrencia, pero que les fue útil para el aprendizaje de la lengua aónikenk y para el conocimiento de las costumbres de sus hablantes. Con abnegación y sacrificio estos "soldados de la Cruz", como se autocalificaban, fueron preparando pacientemente el terreno para su siembra espiritual.

Que no era tarea fácil, no tardaron en comprenderlo. La condición errante, la índole mutable del carácter indígena, su insaciable afán por el alcohol, la falta de interés por todo cuanto decía relación con las cosas del espíritu, fueron otras tantas espinas que hicieron áspero el camino misionero. Con todo intentaron perseverar en su noble propósito hasta donde fue posible.

Durante sus varios viajes intentaron introducir algunas prácticas civilizadas entre los indígenas, pero sólo lo consiguieron y no sin esfuerzo con dos de los hijos del cacique Casimiro, pero en cuanto a religión nada absolutamente. Anduvieron así cosa de cuatro años, hasta 1862, sin que nada se avanzara en su objetivo. Al fin, entendiéndose que esa vida errante era perfectamente inútil, decidieron establecerse en un lugar fijo y previa consulta con la autoridad de la Sociedad Misionera así lo hicieron y eligieron para ello un cañadón vecino al estuario del río Santa Cruz, paraje por donde solían merodear los indios cuando aparecía alguna goleta lobera con cuya tripulación solían traficar, tal y como acostumbraban hacerlo antaño en San Gregorio y otros puntos de la costa del Estrecho.

Levantaron allí un par de construcciones asaz modestas, una como habitación y otra como depósito y aguardaron la llegada de los indígenas. Pero a estos, estaba visto, les atraía la posibilidad de recibir obsequios o la de realizar algún trueque ventajoso, y no dándose tales circunstancias poco y nada les interesaba el mensaje misionero.

Es más, los catequistas quedarían en abierta desventaja cuando comenzaran las arribadas ocasionales de algunas goletas, cu-

¹² *The Voice of Pity for South America*, 1859.

yos tripulantes sin remilgo alguno habrían de suministrar el licor que ansiaban los indígenas. Por consecuencia estos dijeron a los misioneros que no volverían al lugar "a menos que pudiéramos ofrecerle otra clase de motivos para hacerlo que simples visitas; querían simplemente que comerciáramos con ellos, a cambio de pieles y plumas. Este repentino vuelco de su actitud hacia nosotros no era nada tranquilizador y se debía a que un cierto capitán norteamericano de las Falklands, ni bien oyó que un gran número de indios había llegado a Santa Cruz, apareció en seguida con un cargamento de bebidas, para comerciar. Borracheras y querellas se generalizaron y, en tales circunstancias, consideramos que lo mejor era abandonar el lugar, no ya por miedo de que peligraran nuestras vidas sino por la certidumbre de que no podríamos continuar la obra de Dios y ser, al mismo tiempo, traficantes. No conviene en absoluto que no dediquemos al trueque de mercaderías, aunque sí podríamos intercambiar algunos artículos *adecuados* y con la conciencia tranquila, con el fin de atraer a los nativos hacia la Base; pero nuestros amigos y protectores no darían su aprobación a tal temperamento, pues los enemigos de nuestra Misión, abundantes entre los herejes [los católicos], no tardarían en acusar a la Sociedad y sus agentes de abrigar propósitos mercenarios."¹³

Así contaría a sus superiores Teófilo Schmid aquella lamentable incidencia que dio al traste con el proyecto misional entre los aónikenk.

Para entender la actitud de los indígenas debe saberse que por aquella época se había intensificado la práctica mercantil entre ellos y los colonos de Punta Arenas circunstancia que influiría de manera determinante en su conducta y que se afirmaría en el porvenir al generalizarse tal procedimiento, especialmente a partir de 1870 cuando el principal artículo de pago a los indios pasó a ser el aguardiente a cuya bebida se habían aficionado irremediabilmente.

Por consecuencia y obrando para el caso con las instrucciones que les había

dado para tal eventualidad el Director de la Misión de Keppel (Malvinas), reverendo Waite Stirling, desarmaron las construcciones, recogieron sus bártulos y se embarcaron en la goleta de la Misión, la *Allen Gardiner*, con destino al río Negro, en el norte de la Patagonia, en donde se instalarían con más suerte.

Así fracasó este tercer y último intento misional protestante entre los aónikenk, del que quedaría para la posteridad solamente un topónimo sobre la costa sur del estuario del río Santa Cruz: *cañadón de los Misioneros*.

LAS MISIONES CATÓLICAS.

1. Antecedentes.

A la información sobre la amistosa índole de los indígenas patagones consignada precedentemente, debe añadirse que el Gobierno de Chile desde la administración del Presidente Joaquín Prieto había comenzado a ocuparse entre otros asuntos que atañían al culto, de las misiones entre los infieles que habitaban en la Araucanía y demás regiones australes chilenas, con el fin de darle una apropiada organización y continuidad. Esta fue, directamente, la razón de la reapertura del Colegio de Propaganda Fide de Chillán, para cuya dotación de personal religioso se envió en 1835 a Fray Zenón Badía a Italia con el fin de conseguir frailes franciscanos. Fue así como en 1837 un grupo de estos religiosos encabezados por el P. Diego Ciuffa se establecieron en el país para el aludido propósito.

Pronto se vio la necesidad de crear un segundo colegio en la villa de Castro, Chiloé, cuya vecindad con el territorio a misionar lo hacía recomendable. A su superioridad pues, al comenzar 1844, se dirigió el Intendente de esa provincia Domingo Espiñeira, peticionando el envío de un "misionero de espíritu apostólico que asista a la nueva colonia de Magallanes y se dedique a la *civilización* y conversión de aquellos indígenas los patagones."¹⁴ Esta solicitud sería aco-

¹³ Carta de Schmid, de fecha indeterminada de 1864. En *Misionando por la Patagonia Austral*, Buenos Aires, 1964, pág. 79.

¹⁴ Citado por Fray Rigoberto Iturriaga C.O.F.M., en "Franciscanos en Magallanes (1844-1879)", pág 5, Santiago, 1995.

gida de inmediato, dándose inicio de tal manera a la primera misión católica en el extremo patagónico de Chile.

De esta circunstancia daría cuenta a la Santa Sede el mismo gobierno chileno por intermedio de su enviado especial, Ramón Luis Irarrázaval, mencionando el establecimiento de "nuevas misiones en la Patagonia y en la Tierra del Fuego"¹⁵. Posteriormente se harían nuevas gestiones ante la misma Sede Apostólica para apoyar la asistencia misional entre el río Bío-Bío y Magallanes.

2. La misión de los franciscanos ("San Miguel Arcángel") (1844-1878).

La comunicación de la autoridad administrativa de Chiloé a la que se ha hecho referencia, además de la solicitud de un misionero, había sugerido para el efecto el nombre de Fray Domingo Passolini, uno de los religiosos venidos de Italia y que se hallaba en el Colegio de Castro, atendida la disposición e interés que había manifestado para marchar a la nueva colonia de Magallanes.

Acogida como fue la oportuna y acertada sugerencia, el Vice-Prefecto del Colegio, P. Diego Ciuffa, le hizo saber su resolución favorable, con fecha 9 de enero de 1844:

"Por cuanto el Sr. Intendente de la Provincia con fecha 2 de enero del presente año [...] nos ha hecho presente el piadoso deseo y solicitud que tiene el Supremo Gobierno de reducir al gremio de nuestra santa madre Iglesia Católica Romana los Infieles habitantes de la Patagonia [...] y habiendo determinado el establecimiento de una Colonia de españoles chilenos civilizados en el Estrecho de Magallanes, y necesitándose en aquel punto un misionero de espíritu apostólico que asista a la nueva colonia y se dedique a la conversión y civilización de aquellos indígenas; y estando satisfechos de la religiosa y ejemplar conducta [...] de V. Pateridad, venimos en instituirlo, como de hecho le instituimos *misionero general de las tierras*

magallánicas y de las tribus patagónicas pertenecientes a la República de Chile. Y para que pueda V.P. propagar con facilidad la santa fe en aquellas partes le concedemos todas las facultades necesarias [...] y el uso de nuestros privilegios, y le encargamos en el Señor procure el establecimiento de más misiones, como el único medio fácil de reducir y catequizar a los Indios; y mandamos que la que se establezca en el Estrecho de Magallanes sea bajo la advocación y título de San Miguel Arcángel protector de nuestras misiones ..."¹⁶

Así comenzaría la singular tarea apostólica del P. Passolini entre los aónikenk.

En su acción misional Passolini supo aprovechar bien las dos posibilidades que se le brindaron: una, la llegada de indígenas al Fuerte, atraídos por la novedad de su instalación; y otra, la posibilidad de acceder a sus adueros en los ocasionales viajes emprendidos por mar o por tierra hacia las comarcas donde habitaban los aborígenes.

Fue ésta, precisamente, la que su celo le movió a intentar en primer término. Así aprovechando la misma embarcación, goleta *Ancud*, que lo había conducido a Magallanes, no bien arribado allí, "fuimos por mar en busca de los indios que se hallan como a veinte leguas de distancia; hicimos fuego en varios puntos para llamarlos (y como correspondieren con la misma señal a una distancia muy considerable) esperamos por tres días, mas viendo que no comparecía, levantamos el ancla y regresamos a nuestro puerto"¹⁷.

Con alguna decepción debió regresar el misionero al cabo de esta primera incursión en el territorio aónikenk, alcanzando probablemente hasta puerto Peckett en el istmo de Brunswick y con desembarco seguro, además, en Cabo Negro, circunstancia que le permitió conocer personalmente las caracterís-

¹⁶ Archivo Franciscano. Fondo Chillán, Asuntos Varios, carpeta Passolini, fojas 178. Lo destacado es del autor.

¹⁷ Id. carta del 19 de febrero de 1844 al P. Romani. En *Revista Católica*, número 55, año 1945, Santiago, págs. 36 y 37. Lamentablemente se dispone sólo de tres cartas por las que el misionero informó a sus superiores, de modo que las noticias sobre su obra son fragmentarias y trunca, aunque no tanto como para permitir esbozar un panorama de lo que pudo ser su trabajo apostólico.

¹⁵ Nota de 20 de agosto de 1847. En Fr. Carlos Oviedo Cavada I.C.D., "La misión Irarrázabal en Roma 1847-1850", Instituto de Historia, Universidad Católica de Chile, Santiago, 1960, pág. 144.

ticas naturales del país estepario y encontrar de manera recurrente rastros del paso de los aborígenes.

Corrido algo más de un mes desde aquel viaje, Passolini tuvo el consuelo de ver llegar a los primeros aónikenk al fuerte, entre los cuales estaba el ciertamente famoso Santos Centurión que había tratado con los misioneros Arms, Coan y Gardiner (Fig. 2a).

Lo acontecido en esta ocasión fue relatado por el P. Passolini al Guardian del Colegio de Castro, P. Paulino Romani, en estos términos:

“El día 27 de Marzo llegó el cacique San León con 27 indios, tres indias y un muchacho; y al día siguiente su mujer, acompañada de dos caciques mas del referido negro, y 60 indios entre hombres y mujeres con una multitud de niños. Todos estos indios son de á caballo, y de la Patagonia.

“Los Patagones, tanto hombres como mujeres, son mui grandes, corpulentos y gordos: la mayor parte de ellos son de siete pies, y algunos de mas alto; son muy cariñosos, mas afables y mas amantes del cristianismo que los de la Tierra del Fuego (pues ya dije en mi comunicación anterior á su P.R. que los indios de esta tierra no dejan de tener algun principio de nuestra relijion, porque cuando se hallan en algun peligro se persignan y vuelven los ojos al cielo). Visten á semejanza de los indios de las islas, tanto hombres como mujeres, una grande capa de cueros ó pieles de guanaco de gato, avestruz, etc. y su comida es la carne de los mismos animales. El día 29 de dicho mes de Marzo bautizé solemnemente á los cuatro hijos del Cacique Santo León¹⁸. Vuestra P.R. no podrá imaginar el regocijo que he tenido en este dia; y espero, que cuando vaya á vivir entre ellos, serán muchos los que recibirán el agua de rejeneración¹⁹.

La penúltima frase resulta sugerente para entender el plan que maduraba el misionero: instalarse derechamente entre los indígenas.

¹⁸ El jefe Santos Centurión aparece mencionado en las relaciones de la época de diversas maneras, además de la indicada que es la correcta: Santorín, Santo Río, San León y Santo León.

¹⁹ Archivo citado, folios 186 y 187.

Aprovechando la llegada del contingente aborígen principal, al mando de Huisel, ocurrida tres días después... “les pregunté si había alguna dificultad para ir a vivir entre ellos, y al mismo tiempo plantear una misión: me contestaron que me recibirían con mucho gusto, y que no veían la hora de tenerme en su compañía: mas me han prometido que no me faltaría carne en todo el tiempo que demorase entre ellos; y que harian conmigo lo mismo que habian hecho con dos sacerdotes ingleses que estuvieron con ellos diez meses, á quienes nunca habian dejado faltar carne en todo aquel tiempo: me dijeron tambien, que todos querian hacerse cristianos²⁰

“[...] En la primavera entrante espero hacer algunos viajes para visitar y conocer á mis hermanos indios todos los que pudiere; y luego que tenga lo necesario estableceré mi morada en el puerto de San Gregorio, que es el lugar donde habitan los indios la mayor parte del año; de allí iré siempre con ellos en sus acampamentos, para catequizarlos y reunirlos en pueblos, si Dios Nuestro Señor me concede tanta gracia. Creo que la mayor parte de los indios debe estar en la Tierra del Fuego; y como el dicho puerto de San Gregorio tiene un paraje muy lindo, y desde allí se puede ir á caballo adonde estan los indios, y tambien tener proporciones para ir á las islas de la Tierra del Fuego, tengo miras de fijar mi morada, y levantar en él un pequeño convento; porque el lugar en que estamos dista de aquel como treinta leguas y no es apto para el fin”²¹

He aquí pues revelado en su total integridad el plan del misionero. Al igual que los catequistas protestantes que le habían precedido había captado las ventajas del paraje de San Gregorio, afamado en las relaciones que daban cuenta de tratos entre los indígenas y los navegantes, para formalizar la instalación de una base misional, posibilidad que resultaba más ventajosa que la de procurar catequizarlos durante sus estadías en Fuerte Bulnes.

Así, en medio de este afán, transcurrió un largo año aprovechado por el P. Passolini para estrechar la relación con los

²⁰ Ibid.

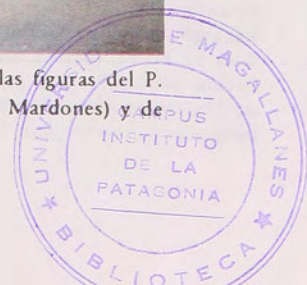
²¹ Ibid.



Fig. 2a. Fuerte Bulnes en 1847. Cuadro del pintor Alejandro Cicarelli, Museo Histórico Nacional, Santiago.



Fig. 2b. Detalle del primer plano del cuadro anterior en que pueden apreciarse las figuras del P. Passolini (derecha), de un civil (probablemente el Gobernador José de los Santos Mardones) y de dos indígenas aónikenk.



patagones en cada ocasión que llegaron al fuerte.

“Los indios han llegado tres veces desde el mes de abril del año 44 hasta el 45: en la primera, los indios de la laguna de Cabo Negro, en el mes de septiembre y demoraron dos días; en la segunda en el mes de octubre juntamente con el Centurión, que quedó en este puerto por espacio de 25 días, manteniéndose con su pequeña familia a mi lado, y en esta circunstancia aproveché el tiempo instruyéndome en algunas costumbres de estos infelices, y enseñando a su familia recién convertida los rudimentos de nuestra religión. Estos naturales comprenden muy pronto el idioma castellano por la experiencia tenida con la dicha familia del Centurión en estos 25 días de instrucción religiosa que les di”²²

Deseaba Passolini retener a los hijos de Centurión consigo para instruirlos en la religión y prácticas civilizadas, pero el incendio de la habitación que ocupaba y la falta de otro lugar adecuado para alojarlos le llevó a desistir de tal intento, por lo que pensó en marchar al territorio aónikenk acompañando al grupo de Centurión, pero fue disuadido por el Gobernador, quien le hizo ver su imperfecto conocimiento del carácter indígena y los riesgos eventuales que se derivaban de ello ante la posibilidad de una permanencia prolongada, reflexionando tras la que el misionero consideró prudente no ir solo con ellos, abandonando por entonces tal idea.

En cambio y acompañado por otras personas del fuerte y del mismo Centurión marchó hasta Cabo Negro en obediencia del encargo de P. Romani de no demorar en marchar en busca de los patagones.

“[...] hice todo el empeño posible

²² Carta de 14 de febrero de 1845. En *Revista Católica*, No. 65 Santiago, 1945. Es probable que esta instrucción fuera acompañada por el obsequio de cruces y medallitas a los indígenas. Un rastreo arqueológico realizado recientemente por el señor Hans Roehrs y su esposa en el antiguo sitio indígena de San Gregorio, permitió el hallazgo de una medallita de los Sagrados Corazones acuñada en Roma, junto a otros restos metálicos de clara filiación aónikenk. Esta pieza podría corresponder a uno de los tantos obsequios hechos por el P. Passolini a los indígenas.

para irme, como en efecto podrá conocerlo, por el penoso camino que, acompañado del cuñado del señor Gobernador, su secretario y otros tres más y el Santo Centurión, emprendí el día 10 de diciembre hacia el cabo negro, para buscar carbón a beneficio de la humanidad, y en seguida pasar a la laguna donde vive una tribu de indígenas de la tierra del fuego²³: ¿pero qué resultó? mis compañeros se fatigaron en el camino después de haber andado dos días enteros, y fue necesario regresar por ser muy malo, siendo todo playa y cascajo tan menudo y fofo, que penetrando muy libianamente el pie se cubre hasta la rodilla y en este viaje se rompieron los únicos zapatos que tenía”²⁴.

Un nuevo arribo de la goleta *Ancud* en febrero de 1845 vino a brindarle al misionero la posibilidad que aguardaba para intentar una nueva penetración en el territorio indígena. Fue entonces que realizó el ya conocido viaje hasta San Gregorio donde se encontró con Gardiner.

Planeaba Passolini “[...] poder conquistar algunos indios y traer a sus hijos, si se puede, a esta colonia para instruirlos, educarlos y catequizarlos en nuestra santa religión...”²⁵.

Mientras así sucedía, la correspondencia oficial recibida por intermedio de la mencionada nave había incluido una pieza especial cuyo prometededor contenido le hizo participar gozoso a su superior:

“Llegó a poder de la colonia el plan o dibujo que ha remitido el Gobierno para la nueva Iglesia que se debe levantar en la población de San Gregorio. La iglesia va a situarse en medio de las casas de los padres y de la escuela; verá el público un edificio muy hermoso, siendo el único o el mejor de los que actualmente existen en el archipiélago de Chiloé. Si esto se ejecuta, se propone poner una guarnición en el cabo negro: este cabo está muy cerca de la laguna a donde vive una tribu de indios de la región del fuego; entonces será necesario otro

²³ Se trataba en realidad del grupo conocido en la época como “Guaicurú” (los “zapallos” de Fitz Roy), mestizo de aónikenk y kawéskar y que moraba entre Cabo Negro y puerto Peckett (véase nuestra obra “*Los Aónikenk, Historia y Cultura*”, pág. 89 y siguientes).

²⁴ Carta de 14 de febrero de 1845, citada.

²⁵ *Ibid.*



Fig. 3. Capilla de Punta Arenas. dibujo de Theodor Ohlsen hacia 1883. En este templo fueron cristianizados algunos indígenas aónikenk durante sus visitas a la colonia.

sacerdote para su asistencia aunque también fuera al presente muy útil para mi bien espiritual, o por alguna enfermedad que pudiera tener²⁶.

El extravío de la correspondencia ulterior del misionero en los archivos de la Orden Franciscana, priva al investigador de mayores luces sobre este importante proyecto. No obstante, por otras fuentes oficiales de la época podemos conjeturar acerca de su infructuoso destino.

En efecto, está visto que su materialización se hallaba ligada al establecimiento previo o coetáneo de una base de apoyo militar en el paraje de Cabo Negro, en el principio del territorio estepario, de sur a norte, pero este proyecto específico no llegó nunca a hacerse efectivo por causa de la irresolución del Gobernador Justo de la Rivera, cuya medrosa índole le impidió adoptar una determinación que habría sido de consecuencias variadas, tanto para la presencia nacional en el territorio sudpatagónico, como para

el particular propósito misional de Fray Passolini²⁷.

Así las cosas, cabe conjeturar que a partir de entonces, mediados de 1845 y hasta su alejamiento de la colonia corriendo 1850, a Passolini no hubo de quedarle más alternativa que la de proseguir con sus ocasionales catequizaciones cada vez que los indígenas concurrían hasta el fuerte Bulnes, primero, y a partir de diciembre 1848, hasta el nuevo establecimiento de Punta Arenas, fundado sesenta kilómetros más al norte sobre la misma costa de Brunswick.

Debió tratarse de un ministerio esporádico y rutinario que quizá debió contentar poco al celoso misionero que tantas ilusiones se había formado respecto de su obra cristianizadora y civilizadora, la que al fin resultaría incompleta y prácticamente estéril e infecunda (Fig. 2b).

Sus sucesores en la capellanía colonial a contar de 1850 y hasta 1878, no

²⁶ Ibid.

²⁷ Para mayor información sobre este respecto véase nuestra *Historia de la Región Magallánica*, tomo I, págs. 400-402, Santiago, 1992.

tendrían ni de lejos un celo y preocupación semejantes a los manifestados por el fraile italiano. Cuando más intentarían - cabe suponerlo - alguna instrucción ocasional en oportunidad de la llegada de los indígenas, si es que las circunstancias y el ánimo de éstos fueran propicios.

En verdad, Fray Domingo Passolini parece haber sido el único capellán con voluntad comprobadamente apostólica en lo que a los aónikenk se refiere, y más allá de sus magros resultados es de celebrar su auténtico celo misionero. Quienes le sucedieron optaron por cumplir su función espiritual de la mejor manera que pudieron, en el reducido ámbito de la población del fortín-colonia hasta 1868 y de la colonia propiamente tal a partir de entonces, y tal vez se desentendieron de los indígenas, cuya conversión pareció no interesarles.

3. *La capellanía colonial durante el lapso 1878-87*

Abandonada que fue por los franciscanos la cura de almas de la colonia magallánica a contar del alejamiento del último capellán, Fray Mateo Matulski, luego de los lamentables sucesos del motín de los artilleros (noviembre de 1877) y de sus dolorosas consecuencias, la misma pasó a ser ejercida por sacerdotes seculares en dependencia jurisdiccional del Obispado de Ancud, quienes para el efecto recibieron el nombramiento de vice-párrocos.

Actuando en este carácter, consta que el P. Carlos Maringer bautizó el 12 de febrero de 1884 a tres de los hijos del cacique Papon, jefe principal de los aónikenk por aquella época. Estos fueron los nombrados Agustín, de doce años, Juan, de diez, y Manuel de ocho años²⁸. (Fig. 3).

Es la única acción que puede ser adscripta a la materia que hemos encontrado para este período.

4. *Las misiones ambulantes de los salesianos*

²⁸ Partidas números 851, 852 y 853. En *Libro Nuevo en que se asientan las partidas de bautismos i óleos pertenecientes a esta colonia de Magallanes que principia el día veinte de octubre del año de mil ochocientos sesenta i seis*. Archivo Parroquia del Sagrado Corazón de Jesús de Punta Arenas.

(1887-1910)

En 1872 el sacerdote italiano Juan Bosco, santo fundador de la Sociedad de San Francisco de Sales o Congregación Salesiana, tuvo una singular visión - "sueño" la llamaba - que le mostró el estado en que se encontraban los pueblos aborígenes de la Patagonia y la Tierra del Fuego. Fue a partir de entonces que se empeñó vivamente en extender su obra religiosa hasta América del Sur, hasta el extremo austral del continente donde moraban los indígenas. Este propósito únicamente pudo cumplirlo años después, en 1887, cuando un grupo misionero encabezado por el P. José Fagnano se instaló en la colonia de Punta Arenas dando inicio a sus actividades que en poco tiempo asumirían proporciones de gran importancia religiosa y civilizadora.

Entre tanto, las circunstancias se habían venido dando de modo adverso para la vida de los aónikenk que habitaban el extremo continental patagónico. Desde luego, víctimas como eran desde largo tiempo del vicio alcohólico, su número se había reducido notablemente pues este consumo intenso y prolongado había tenido serias consecuencias para la salud, su capacidad reproductiva y su conducta²⁹. Así su número no pasaba entonces de tres a cuatro centenares, con una tendencia constante a la reducción.

Por otra parte, desde 1878 parte importante de lo que otrora fuera su territorio ancestral venía siendo ocupado por colonos ganaderos, quienes para 1887 ya dominaban todo el frente litoral del estrecho de Magallanes, del canal Fitz Roy y extremo oriental del mar de Skyring, y del océano Atlántico al sur del río Santa Cruz, y avanzaban con sus ganados penetrando por diversos lados hacia el interior ocupando preferentemente los terrenos más pastosos del antiguo territorio aborígen. De tal manera, reducidos numéricamente y en extensión territorial, los aónikenk se habían subdividido en grupos menores y deambulaban en general por las comarcas del norte de la laguna Blanca, de los valles medios y superiores de los ríos

²⁹ Véase en este respecto nuestra obra citada, *Los Aónikenk, Historia y Cultura*, Punta Arenas, 1995, págs.114 y siguientes.

Gallegos y Coyle y por el distrito subandino de Ultima Esperanza, espaciando cada vez más sus tradicionales visitas a Punta Arenas.

En esos lugares eran frecuentemente visitados por cazadores, traficantes y vivanderos quienes les suministraban diversos artículos de su interés, preferentemente bebidas alcohólicas, a cambio de sus manufacturas (capas de guanaco), contribuyendo de ese modo a sumirlos en la dependencia económica y en el progresivo deterioro físico y moral.

Todo aconsejaba, pues, que quien quisiera acceder hasta ellos en plan de redención espiritual y de asistencia debía alcanzar hasta sus aduares. Fue la estrategia que adoptaron los misioneros salesianos.

De ese modo entre 1887 y 1910 aproximadamente se sucedieron las ocasionales travesías misionales de los padres Mayorino Borgatello, Fortunato Griffa, José María Beauvoir, Angel Savio y Pedro Renzi, los tres primeros saliendo desde Punta Arenas y los últimos desde Río Gallegos, la nueva población argentina fundada en 1885 en el estuario del río homónimo. En estos viajes se recorrieron los parajes tradicionales del interior tales como Namerai (Dinamarquero), Chej-Chej Aike (valle del río Zurdo) y otros varios situados en los valles de los ríos Gallegos y Coyle, alcanzándose en ocasiones hasta el valle del río Vizcachas (Ultima Esperanza), el estuario de río Santa Cruz y allende el mismo, las pampas y cañadores del río Chalfá, caso en que se entraba en relación con parcialidades de los mecharnúekenk o tehuelches australes boreales.

Para ver cuál era el patrón según el que se desarrollaron las correspondientes acciones evangelizadoras, nada mejor que transcribir partes de las relaciones de los propios misioneros:

“Al atardecer visité todos los toldos (que eran ocho, habitados por once y doce familias, en todo cerca de sesenta personas), ayudado por el intérprete (lenguaraz). Les hablé de Nuestro Señor Jesucristo, de la Religión y de la Santísima Virgen y de sus almas, del bautismo, etc.; diciendo que esto era el motivo que hacía encontrar y superar tantos obstáculos para instruirlos y hacer a ellos algún bien, poniéndolos en el camino de la Salvación: y esto se los repetí en los dos

días que estuve con ellos. Algunos me escuchaban con curiosidad y con cierta atención, pero la mayor parte con la mayor indiferencia. El 28 bauticé siete criaturas y el 29 los dejé para encaminarme hacia los otros paraderos, habiéndoles rogado de visitarnos cuando llegaran a Punta Arenas; les regalamos mantas, camisas y pantalones, además de galletas y otros víveres y me prometieron que vendrían después de la parición de los guanacos chicos que ellos cazaban para su comida...”³⁰

En otro lugar “[...] El día después visité de nuevo sus toldos, instruí los niños de ambos sexos y los preparé para recibir el bautismo. Por el momento eran sólo seis y los bauticé la fiesta de Todos los Santos...”³¹

En un tercero “[...] Allí mi baquiano que conoce un poco el idioma Tehuelche, había ya empezado una conversación, pero la primera pregunta (y la dominante) era si había llevado consigo caña o wachakai (especie de licor) u otros licores, y visto que no, y que no era el motivo de mi visita se quedaron maravillados. Cuando llegué yo, su mirada se posó sobre mí, que empecé en seguida a hablarle de Religión, mostrándole cómo esta le atraería junto con el bien espiritual muchas y grandes ventajas también materiales para el bien de ellos. Pero inútil esfuerzo, me dí cuenta en ese momento que en sus corazones había una capa de hielo, como se ve en las vecinas cumbres de la Cordillera. Paciencia por ahora. El día después volví con más frecuencia e insistencia a la carga; les rogué, los insté, prometiéndoles que cuando llegasen a Punta Arenas les daría pantalones y camisas, galletas, yerba y azúcar. Que por lo menos podría bautizar sus niños. Nada y nada, y todo en vano fueron mis oraciones. *¿Para qué? lo mismo vale ser cristiano que no.* En efecto, por desgracia los cristianos que vivían con ellos o en medio de ellos no sólo no son modelo de virtud, sino son peores que ellos, bebedores, deshonestos, etc. etc. Les quise hacer entender los grandes premios que el

³⁰ Carta de 4 de diciembre de 1889 enviada por el P. Beauvoir al P. Miguel Rua, Superior General de la Congregación Salesiana en Turín, Italia. Archivo Storico Salesiano, Roma.

³¹ Ibid.

Señor del Cielo y de la Tierra les tiene preparados para aquellos que creen en Dios y se bautizan, y el terrible castigo, también temporal, con que el Señor amenaza a los obstinados y hombres malos. Pero hasta ahora no me fue posible hacerles entender. Sin embargo satisfecho, un poco por la conciencia de haber cumplido mi deber, y más por haber bautizado (a escondidas) un indio joven enfermo y moribundo (con el consentimiento de los padres) que llamé José en honor del protector de los pobres moribundos. La mañana siguiente, aprovechando que nos rodearon los indios mientras desarmaba la carpa y preparaba la partida, les dirigí un pequeño sermón (serio pero dulce) por la gracia que se les había dado y vilmente rehusado, que tal vez Dios no le daría otra oportunidad; que sin embargo se arrepintieran y se dispusieran a recibirla cuando al Señor le pluguiera convidarlos de nuevo. Me escucharon fríamente sin moverse, dejándonos partir, primero los otros y yo después de haber hablado. Que el buen Dios tenga misericordia de ellos. *Illuminare Domine his qui in tenebris et umbra mortis sedent. Fac Domine ut videant*^{32 33}

“En seguida después nos dispusimos a visitar todos los toldos indios. En el primer toldo que visitamos advertimos una mujer de alta estatura y corpulenta, la cual, tirada a lo largo sobre un cuero de guanaco, con las piernas hacia el interior del toldo y la cabeza en la entrada, apoyando los codos sobre un cojín de plumas de avestruz y sujetando con ambas manos la cara, estaba fumando tranquilamente con una pipa muy grande. Alrededor suyo estaban tres lindos niños, dos sentados en la tierra y una a sus pies, que no parecían hijos de Indios por su aspecto blanco y noble, la mayor de las cuales tenía más o menos diez años y un despierto niño de ocho años. Saludamos a la mujer, madre de aquellos niños; ella sin incomodarse, como una reina asiática, continuó fumando plácidamente y contestó a nuestro saludo, pero franca me pidió, después de algunos minutos:

“Qué taraes?... ¿taraes licor?... Le gustaba mucho el aguardiente y a menudo se

³² Id.

³³ *Illumina Señor a los que viven en las tinieblas de la muerte. Haz Señor que vean.*

emborrachaba, por eso le interesaba saber si llevaba bebidas alcohólicas para vender. No, contesté, no traigo licor: los licores hacen daño, no deben tomarse; yo no tomo nunca y tampoco lo llevo conmigo para venderlo o regalarlo a otros. La mujer después de reflexionar un tiempo corto, agregó: Es verdad, tampoco yo tomo. ¿Has venido entonces a vender azúcar, mate, galletas y otras cosas? Nada de todo lo que nombras, contesté; sólo vengo a bautizar a tus hijos para que crezcan muy buenos, y más tarde, cuando ellos mueran, vayan allá en lo alto a un lugar muy hermoso que se llama Paraíso, junto al Gran Espíritu Maipé.

“¿Tu bautismo no le permitirá morir? preguntó la mujer. No, por cierto, contesté, pero le ayudará a que estén mejor, más alegres y más buenos, porque echa al Gualicho de sus corazones.

“La India me miraba con un aire misterioso, casi para adivinar si decía la verdad o quería burlarme de ella y así no sabía qué resolver. Existe el prejuicio entre los indígenas Tehuelches que el bautismo provoca la muerte a quien lo recibe: Por ese motivo muchos rehusan recibirlo y no permiten que lo reciban sus dependientes o niños.

“Yo, conociendo que ella se jactaba de ser chilena y odiaba a los Argentinos, entre los cuales había vivido antes por muchos años, porque algunos malvados soldados la habían hecho sufrir mucho, le agregué: Oye todos los chilenos son Cristianos, como yo también y mi compañero aquí presente, y como puedes comprobar ninguno de nosotros ha muerto por haber recibido el bautismo; tú, pues, no eres chilena porque si lo fueras, dejarías bautizar a tus hijos. La mujer tocada en el amor propio, contestó: ¡Yo sí soy chilena y tú a lo mejor no lo eres! ¿Eres tú acaso argentino?... Te aseguro, contesté que no soy argentino. Y además ¿quieres tú saberlo? Yo vengo de Punta Arenas y como sabes Punta Arenas es territorio chileno.

“Después de largo silencio y reflexión ella agregó: Bien, si tú eres chileno, te dejo bautizar a mis hijos, pero icuidado con engañarme! ¡pobre de tí si fueras argentino!

“Inmediatamente dí orden a sus niños de ir a lavarse la cara y las manos, que

a decir verdad les hacía mucha falta porque la tenían muy sucias, y luego vestirse con las vestimentas mejores. Cuando estuvieron bien preparados, se les hizo un poco de instrucción religiosa y se les dio el bautismo y la confirmación con gran consolación de todos nosotros. Supimos después que el padre de aquellas criaturas era un hombre chileno, el cual hacía muchos años que convivía con aquella mujer que se llamaba Carolina Montebello y él Riquelme. Siendo voluntad de los dos seguir viviendo unidos, también bendecimos su matrimonio y así sus hijos fueron legítimos ante la ley.

“Después de haber visitado todos los toldos Indios, reunimos en el toldo del Cacique Mulato a todos los adultos, hombres y mujeres que todavía no habían sido bautizados, y se les dio alguna instrucción catequística, después de la cual se procedió a bautizarlos. A los niños se les bautizó en los toldos de sus padres”³⁴

En el paradero del valle Vizcachas “En aquel lugar había 19 toldos y más de cien indios todos bien dispuestos a recibir la gracia de Dios. Se hicieron 30 bautismos y 60 confirmaciones; se realizaron matrimonios, se celebró la Santa Misa, escuchada religiosamente por la mayor parte de los Indios y se hizo a todos un poco de bien y se les bendijo a nuestra partida.

“Los indios nos trataron muy bien porque muchos de ellos ya me conocían y habrían deseado que me quedara con ellos para instruir a sus hijos. El Cacique, de nombre Paynākán, me decía: “¿Porqué no te quedas con nosotros, como se ha hecho con los indios Alakalufes en la isla Dawson y con los Onas en la gran isla de Tierra del Fuego?... Somo buenos Tehuelches; queremos mucho y respetamos al sacerdote; deseamos saber leer y escribir. Quédate entonces con nosotros, para enseñar a nuestros hijos; te queremos siempre bien; no te faltará carne para comer; te haremos un toldo y tú serás nuestro amado Cacique”.

“Le respondí que no podía por ahora permanecer con ellos; que entretanto enviaran sus hijos a Punta Arenas, que los instruiríamos gratuitamente y los queríamos

mucho. Pero el Cacique me respondió: “Punta Arenas está lejos, no podemos enviarlos allá; quédate con nosotros y te trataremos muy bien”.

“Le dí buena esperanza que con el tiempo se instalaría una misión también para ellos, como se había hecho con las otras razas indígenas de los Alakalufes y de los Onas, y esto le produjo gran placer”³⁵

En estas y otras alternativas parecidas transcurrieron estas misiones ocasionales cuyo éxito parecía medirse por el número de bautismos y otros actos rituales realizados, en tanto que el número de indígenas mermaba inexorablemente, hasta que al fin, después que en 1906 un epidemia de viruela acabara con el jefe Mulato y su familia, los sobrevivientes de su grupo concluyeron concentrándose con aquellos que residían al rededor del paraje de Camusu Aike (valle del río Coyle), en donde se les había asignado una reserva por parte del Gobierno Argentino.

Si allí se pensó alguna vez instalar una misión, como parece haber sido la idea pasado 1910, ésta no llegaría a concretarse y al fin los pobres indígenas, cada vez en mayor estado de degradación y miseria, sólo recibirían de tarde en tarde algunas espaciadas visitas por el estilo de las conocidas.

Y así acabarían los intentos misionales para con estos aborígenes.

5. Conclusión.

Al cabo de estos variados y disímiles esfuerzos evangelizadores a lo largo de casi un siglo - demostrativos de una nobilísima inspiración por el amor al prójimo y realizados con abnegada entrega, no exenta de riesgos y sacrificios -, cabe preguntarse cuál pudo ser su resultado.

En el terreno espiritual, objetivo específico y concreto de tanto afanes, ciertamente ninguno favorable, pues ni protestantes ni católicos consiguieron algo. Las acciones de unos y otros no pasaron de ser un discurso para sordos - dada la indiferencia de los indígenas-, con algunas exterioridades rituales superficiales que por tanto no dejarían

³⁴ *Nella Terra del Fuoco*. Turín, 1924, págs. 110 y 111. Mayorino Borgatello.

³⁵ Id. págs. 117 y 118.

huella en ellos.

Está claro que esencialmente la falla estuvo en la incomunicación recíproca: ni unos ni otros jamás llegaron a dominar las correspondientes lenguas de sus interlocutores, razón por la que todo entendimiento cabal estuvo vedado, y ni siquiera ello pudo ser obviado por la intervención de los traductores y lenguaraces, que con seguridad más debieron embrollar las cosas en vez de facilitarlas.

En esto más que en la posible cerrazón de la mente indígena estribaría la falta de eficacia de la prédica misionera, característica que sin embargo no debería pasarse por alto, no obstante reconocerse en su descargo que las palabras resultarían vacías de contenido para quienes sólo se interesaban en la materialidad del mundo ajeno.

Fueron al fin dos universos culturales que permanecieron inaudibles e inninteligibles desde el principio hasta el fin, no obstante que las sugerentes frases atribuidas al jefe Paynakán (suerte de eco de sentimientos semejantes manifestados antes a otros misioneros, según se ha visto) permitan admitir siquiera para la hora undécima una posibilidad de apertura que quizá no tuvo una oportuna acogida y que de haberla tenido *habría podido cambiar* un tanto el curso histórico terminal de la etnia aborígen.

En el terreno civilizador el balance fue igualmente negativo o cuando menos paupérrimo, pues si algo pudieron aprender los aborígenes en lo tocante a formas o prácticas "civilizadas", lo fue merced al contacto con los demás blancos y no por la acción de los misioneros dada la continuidad del trato con aquéllos y la ocasionalidad de la relación con los últimos.

Es un balance desalentador, lamentablemente.

Pero, con todo, hay al fin algo rescatable, pues de todos estos intentos quedarían para la posteridad relatos y testimonios de variada calidad que conformarían contribuciones muy apreciables en forma de informaciones etnográficas de distinto grado y valor, de cualquier modo útiles para la ciencia histórica, que en mucho ayudarían a formar una opinión valedera sobre la vida y la cultura del noble pueblo aónikenk.

Ciertamente algo imprevisto en los

planes misionales concebidos esperanzadamente en su hora y que los valida para la historia.

AGRADECIMIENTOS

Dejamos constancia de nuestro reconocimiento para con el P. Santiago Ghirardelli (q.e.p.d.) y con el Profesor señor Salvatore Cirillo por su trabajo de traducción de textos en italiano al idioma castellano. A Fr. Rigoberto Iturriaga O.F.M. por el suministro de material inédito referido al Padre Passolini y al Archivo Histórico Salesiano (Roma) por el correspondiente a las cartas de los misioneros.

FUENTES DE CONSULTA

a) Inédita

- WILLIAM ARMS Y TITUS COAN 1834 *Journal of a Residence in Patagonia from November 14th 1833 till January 25th 1834. Report on Patagonia* (To the Committee of the B.C.F.M.)
- ALLEN F. GARDINER ¿1842? *Memorandum referring the Patagonians*. The Falkland Islands Archives. Incoming Miscellaneous Letters, Vol. H2, pp. 51-54.
- ROBERT HUNT 1845. Journal of (...) esquire relative to the period during which he participated with captain Allen Gardiner R.N. in an attempt to establish an anglican mission on the patagonian shores of the straits of Magellan.
- GIUSSEPE MARIA BEAUVOIR 1889 *Carta All Ilmo e Reverendissimo Signore Don Michele Rua Superiore Generale Della P. Congregazione Salesiana*. Via Cottolengo Nº32 Valdocco, Torino Italia. Archivo Storico Salesiano, Roma, A 4370310.
- DOMINGO PASSOLINI 1844 y 1845 Correspondencia con el P. Paulino Romani, Guardian del Colegio de Castro. Archivo Franciscano,

Fondo Chillán. Asuntos Varios.
Santiago.

ENTRAIGAS, RAUL 1945 *Mons. Fagnano. El Hombre. El Misionero. El Pionner*. Buenos Aires.

b) Impresas.

ARMS, WILLIAM y TITUS COAN 1939
Extracto de los diarios de los Se-
ñores (...) *Revista de la Bibliote-
ca Nacional*, tomo III, N°9, Pri-
mer Semestre, Buenos Aires.

BORGATELLO, MAGGIORINO 1921 *Nozze
D'Argento ossia 25 anni di
Missioni Salesiane Nella Patago-
nia Meridionale e Terra del
Fuoco della Prefettura de Mons.
Giusseppe Fagnano (1887-1912)*.
Torino 1924 *Nella Terra del
Fuoco. Memorie de un missio-
nario salesiano*. Torino.

CANCLINI, ARNOLDO 1977 *Como fue
civilizado el sur patagónico*. Plus
Ultra, Buenos Aires.
1979 *Allen F., Gardiner, marino,
misionero, mártir*. Ediciones
Marymar, Buenos Aires.

CENTRAL CATEQUISTA SALESIANA 1958
Los sueños de Don Bosco. Ma-
drid.

COAN, TITUS 1880 *Adventures in Patagonia.
A missionary's Exploring Trip*.
Dodd, Mead & Company, New
York.

ITURRIAGA, ROBERTO 1995 Franciscanos
en Magallanes (1844-1879). XIV
*Jornada sobre Historia de la Igle-
sia en Chile*. (in lit.). Santiago.

MARSH, JOHN W. 1857 *A Memory of Allen
F. Gardiner*. James Nisbett &
Co. London.

MARTINIC B. MATEO 1992 *Historia de la
Región Magallánica*, Santiago.
1995 *Los Aónikenk, Historia y
Cultura*. Universidad de Maga-
llanes, Punta Arenas.

MORRELL, BENJAMIN F. 1832 *A narrative
of four voyages to the South Sea
North and South Pacific Ocean,
Chinese Sea, Ethiopic and
Southern Atlantic Ocean, Indian
and Antarctic from the year 1822
to 1831*. J. & J. Harper, New
York.

OVIEDO CAVADA, CARLOS 1960 *La
misión Irrarrázaval en Roma*. Ins-
tituto de Historia, Universidad
Católica de Chile. Santiago.

PAGE, JESSE *Captain Allen Gardiner. Sailor
and Saint*. S.W. Patridge & Co.
London.

S/Autor 1859-1864 *The Voice of
Pity for South America*. London.